

HACIA LA BOMBA TOTAL

por

WASHINGTON LOCKHART

EL RECURSO DE LA GUERRA

Quiero creer, al menos provisoriamente, en la sinceridad de los partidarios de la guerra. No es posible admitir que tan extrema resolución sea consecuencia de un frío cálculo de intereses. Atribuyo esa resolución, en modo principal, al "complejo de Munich", a esa creencia hecha carne de que toda transacción es un paso atrás, una concesión mortífera que se le hace al "enemigo". Esa obsesiva "munichitis" supone, a su vez, una creencia casi mística en la aleve peligrosidad del "enemigo"; pesa aquí la natural propensión a cargar en el "bárbaro", en el extranjero circundante, una culpa que permita, por contraste, aliviarse de culpas propias y recimentar una moral que, fronteras adentro, no encuentra en sí mismas razones sustentantes. Toda civilización cuyo impulso vital tiende a desfallecer, necesita el acicate de esa amenaza real o virtual del "bárbaro" extranjero. Una vez desatada la furia persecutoria subsiguiente, resultará fácil y tentador incluir en el rubro "barbarie" todo pensamiento libre que, por no coincidir exactamente con los supuestos consagrados, amenace perturbar el cómodo funcionamiento del régimen.

Es curioso comprobar como en el Uruguay, en este margen apenas aludido de los conflictos mundiales, sea donde con más fervor y con más encono se preconice el recurso de la guerra. Es necesario — se grita en todos los tonos — arrostrar una lucha frontal por la libertad antes de retroceder un paso más; todo armisticio, ¡qué val!, la Paz misma, es un engaño mortal, un pagaré a corto plazo; el enemigo urde diabólica, metódicamente nuestra destrucción. Sólo la guerra puede detenerlo.

No puede pensarse que esos acendrados belicistas ignoren de qué clase de guerra están hablando. La elocuencia de las últimas experiencias atómicas tiene que haber iluminado las más reacias inconciencias. Tampoco puede pensarse que se prevea una coyun-

para tal que una mitad del mundo — la geográficamente nuestra, por supuesto — logre destrozarse a la otra mitad, consiga dejarla en resuello, antes de que ésta, a su vez, pueda provocar parecidos desastres. Aun admitiendo esa casi demostrable imposibilidad, no podemos admitir que se crea necesario, para defender la llamada causa occidental, pulverizar millones de niños y de madres, por bárbaros y bárbaras que se imaginen a unos y a otras; no creemos estar recurriendo a un patetismo de mala ley; el hecho entra en cualquier cálculo objetivo de probabilidades y hay que contar con él como con una inminencia inevitable.

EL DILEMA DE LA HORA

Vivimos una hora singular, única. Como siempre, la flagrante irracionalidad de los hechos se desacompaña con nuestra razón conservadora y parsimoniosa, excede su magra capacidad de adaptación. Nos asaltan hechos — la Bomba H, la perspectiva de una destrucción total — radicalmente, brutalmente nuevos; pero nuestra percepción global del presente no admite mutaciones súbitas; toda comprensión vital debe gestarse primero, lenta y trabajosa, en los entresijos menos transitados de nuestra alma; toda concepción viva necesita de sus nueve meses; la vida requiere plazos que no van en vano se querrían acelerar con artificios; de ahí que entremos a dichos sucesos como sonámbulos, soberbiamente inconcientes; nuestra conciencia usual no puede desprenderse fácilmente de su sistema de preocupaciones habituales; considerará, con el rabo del ojo, la magnitud del hecho nuevo, pero las motivaciones esenciales continúan inalteradas, presas en la red pertinaz de sus ya consuetudinarias categorías mentales y morales.

No intentaremos nosotros, soportadores de nuestro correspondiente lote de inconciencia, proponer de inmediato un sistema explicativo; humildemente — ¡qué otro remedio! — renunciamos a una comprensión que pretenda abarcarlo todo; sólo aspiramos a delimitando mejor nuestra ignorancia, a darle más firme asidero a nuestro asombro; y quizás, a lo sumo, arrojar algún cabo de resaca hacia la orilla nocturna del misterio. Que ese misterio sea imprescindible, no nos exime de la obligación — nunca demasiado humana — de tratar de localizar su meollo irreductible, de asediarlo en el estado más vulnerable, no olvidando que, al procurarnos una

versión mediocrementemente razonable, corremos el riesgo que suponemos rebajar ese misterio a la categoría de problema. Aunque provisoriamente indecisos, no podemos abdicar de la decisión central que nos constituye; nos basta para ello con que nuestra más auténtica capacidad de afirmación se traduzca, camino andando, en modo condignos de ignorar y de asombrarnos.

*
* *

Pero vayamos a los hechos; es decir, no exactamente a los hechos — ese misterio — sino a sus manifestaciones exteriores más verificables. Las últimas experiencias, meses atrás, revelaron que el hombre puede hoy liberar energías, en una fracción de segundo, veinte veces mayor que hace un año, doscientas veces mayores que hace diez, cien mil veces mayores que hace quince, según una progresión pavorosamente creciente; si la representamos mediante una gráfica en coordenadas cartesianas, vemos entonces como la curva, primero casi horizontal, levanta vuelo con la invención de la pólvora y va aumentando gradualmente su inclinación hasta convertirse en estos años en una línea casi vertical. Y aquí es donde nos encandila la primera deducción, rigurosamente respaldada por los hechos: o esa curva se detiene enseguida (en plazo de meses o de pocos años), o, al seguir aumentando su pendiente en la proporción que lo ha hecho ininterrumpidamente hasta hoy, aparecerá, con certidumbre matemática, la destrucción o el envenenamiento total de la humanidad por las correspondientes emanaciones radioactivas que suscita. O una cosa o la otra; no hay escapatoria posible. Tanto una como otra salida — ¡y vaya que la segunda lo es! — significarían un acontecimiento rigurosamente extraordinario, absolutamente inédito. La humanidad no ha cesado jamás, en efecto, de ir incrementando la energía utilizable, así como no ha dejado jamás de utilizarla, y siempre, en primera instancia, con propósitos destructivos. No la detuvo nunca ninguna consideración, ni humanitaria ni utilitaria; piénsese que las primeras armas de fuego debieron producir una mayor sensación de vulnerabilidad que cualquier otro progreso posterior, lo que no obstó para su uso; recuérdese la aparición de las V-1, V-2, y V-3, antes de saberse siquiera que existían; recuérdese finalmente Hiroshima y Nagasaki, bombardeada e también con febril impaciencia — cuando Japón gestionaba ya su capitulación — con bombas

recién salidas del laboratorio, como si se hubiera sentido temor de que se escapara la oportunidad de usarlas. Suponer pues que el hombre detenga sus investigaciones y sus "progresos" en ese terreno, o suponer que, en el caso de proseguirlos, no los aplique a fines bélicos, sería suponer un hecho como jamás aconteciera, sería suponer una excepción rigurosamente improbable.

En resumen: estamos viviendo un momento excepcionalísimo, el momento en que, pasajeros de un vehículo cada vez más acelerado, con un chofer que ignora su manejo, descubrimos, de pronto, que unos metros delante se abre un insondable abismo. Y de que estamos ya al borde mismo del abismo, la insidiosa gráfica no nos permite dudar; dos o tres años más al mismo ritmo, y la bomba que estalle, apenas satisfaga las exigencias de dicha progresión, destruirá o volverá inhabitable toda la superficie de la Tierra. Para ahorrarnos alguna esperanza recalcitrante, se ha demostrado que si escapara algún grupo de sobrevivientes, sus genes afectados lo procurarían una descendencia — siempre que les quedaran ganas de tenerla — monstruosa e imprevisible. Hasta se dan cifras, según declaraciones del sabio francés, doctor Pierre Bertrand, doscientas Bombas H bastarían para engendrar la cantidad de carbono necesaria para determinar entre los hombres un crecido número de monstruos". El Papa mismo, en una declaración sin precedentes — por cuanto no recurrió a ningún argumento religioso — atestiguó la real dimensión de ese peligro. No se trata, pues, de fantasías; es un hecho brutalmente cierto; y es precisamente por brutal y por cierto, que nadie ha podido aún cobrar conciencia de su alcance; de acuerdo a la frase de Bernanos, "el último día de este mundo, si debe venir pronto, merecerá ser llamado la Jornada de los Engañados". La humanidad vive, en efecto, distraída de esa pavorosa alternativa. Se está produciendo un milagro — uno u otro, la destrucción universal o la detención del "progreso", no hay otra salida — y salvo algún pánico, también el inadecuado, los hombres siguen sintiendo bajo sus pies la misma tierra sólida y garantizable, los mismos prejuicios de perfectibilidad o de orgullosa autonomía. Es en base a esos sobreentendidos que se sigue haciendo propaganda por la guerra.

LA LIBERTAD AMENAZADA

Hay optimistas insolventes que pronostican una dilación "in

eternum" de ese desenlace. Pero, como les contesta Bernanos, ¿"no es acaso imposible calcular cuántos controles, vigilantes y policías serán necesarios para prevenir todo error o toda filtración? (...) El día en que un nuevo milagro de la técnica permita a cualquier físico fabricar en su laboratorio alguna materia fácil de desintegrar, poniendo así la destrucción de una ciudad entera a merced del primero que llegue, yo pienso que los efectivos de la gendarmería comprenderán los nueve décimos de la población y que un ciudadano no podrá atravesar más la calle de una acera a la otra sin quitarse dos veces los pantalones ante un policía deseoso de asegurarse que no oculta ni un miligramo de la preciosa sustancia. ¡Oh, lo sé! eso ahora provoca risa. Ese mundo extraño parece lejos de nosotros. Decís que tendréis tiempo de verlo venir. Ya ha venido. Está en vosotros. Se forma en vosotros". Basta, en verdad, mirar en torno nuestro, esos rostros cejijuntos, ese delirio mac-carthiano, esa irrupción de elementos prelógicos en la mentalidad general, y que, como lo expresa Michel François, componen un "alma en la cual una transformación profunda de concepciones fundamentales llega a pasar inadvertida. (...) Es la noción misma de libertad la que sufre importantes modificaciones restrictivas"; hace quince o veinte años a nadie se le hubiera ocurrida calificar el delito a muchos de los que hoy se consideran graves, delitos que ni siquiera son pecados por omisión, sino pecados virtuales, cometidos por el solo hecho de no demostrar nuestro deseo de no cometerlos; vivimos en un mundo kafkiano de acusados; mientras no demostremos lo contrario, todos somos culpables en potencia, culpables natos. "La palabra civilización — prosigue Bernanos — evocaba otrora la palabra seguridad. Nos imaginamos bastante bien la especie de seguridad de una civilización forzada a mantener contra sí misma, a un costo inmenso y al precio de lo que le queda de libertad, una prodigiosa red de espionaje, a fin de estar prevenida por lo menos cinco minutos antes de su aniquilamiento total". "El mundo moderno no reconoce otra regla que la eficacia. Por eso es que las democracias han apresado su material humano en la red de una fiscalización implacable (...) Las democracias forman burocracia como un diabético forma azúcar a expensas de su propia sustancia. Y esta burocracia, en las más afectadas, se descompone a su vez en la forma más degradada de burocracia, que es la burocracia policial. Al término de esta evolución, no subsiste

del Estado más que una policía, una policía para el control, la vigilancia, la explotación y la exterminación del ciudadano”.

“Cuando las democracias hayan hecho triunfar la libertad en el mundo, yo me pregunto — agrega Bernanos — qué nos quedará de ella para nosotros...”

LA EFICACIA Y SUS EXIGENCIAS

Pero — insistirá nuestro “optimista” — la amenaza actual de la Bomba Total es pasajera, producto circunstancial de una erupción de odios sin precedentes. Frágil argumento. Basta considerar los destinatarios de esos odios, la U. R. S. S. para unos, los E. E. U. U. para los otros, dos países que han incorporado a sus principios el sostenimiento de la paz, en claro contraste con el espíritu belicoso de que dió muestras, sin ir más lejos, la Alemania nazi; tendría que convenirse que, lejos de ser la nuestra una época óptima, desde el punto de vista ideológico, para el cultivo del espíritu bélico, aparece, por el contrario, como una de las más propensas al arreglo pacífico. Es cierto que uno y otro coloso atribuyen a la conducta del contrario una agresividad en desacuerdo con sus principios; pero esa atribución, precisamente, hecha a sabiendas de que con ella no se consigue otra cosa que excitar los ánimos y conducir al uso “necesario” de la Bomba Total, demuestra que hoy la pendiente es tan fácil de subir como siempre, y que obstan muy poco para ello las probabilidades de destrucción que puedan desencadenarse. El peligro, aunque conocido y presente con toda la fuerza de un horror recién descubierto, parece exacerbarlas, como si la conciencia de poseer un arma decisiva, fomentara, junto a una oscura necesidad de usarla, la fabricación de los pretextos necesarios. Y por si todavía fuera poco, la propaganda actual, arrebatada por esa tentación, sugiere veladamente la convicción de que la guerra exige el uso de esa bestial carta de triunfo; la experiencia de Corea, torpe y fatigosa, contribuye a fundar la exaltación de ese recurso “táctico”; se habla de “eficacia”, de “radio de acción”, de “superficie” devastada, cuidando mencionar que esa eficacia se mide con cadáveres. Los propagandistas, fascinados por su infernal e inempleable juguete, se cuidan muy bien de rozar la sensibilidad de nadie; se difunde un vocabulario técnico, descarnado; “eficacia”, “operación X”, donde debería decirse, sencillamente, asesinato a mansalva. Lo que se persigue es que la gente

termine por matar como quien resuelve una ecuación, o como quien limpia de hormigas el jardín. Hasta se exalta la belleza del “espectáculo”, como lo ilustra una elocuente fotografía difundida por nuestra prensa el 19 de abril de este año; aparece en ella un congresista de California que presencié la explosión de la última Bomba H, su rostro extático, los labios ligeramente entreabiertos, sus dos manos en ademán de abarcar unciosamente un globo terráqueo, la mirada perdida en el horizonte; junto a él, una foto de gran tamaño de la explosión, en lujoso marco, completa la visión paradisiacal. Entre el impulso de matar, así suscitado y disfrazado, y el horror de la muerte que habrá de producirse, se va eliminando minuciosamente todo sentimiento piadoso; el recurso del “sentimentalismo”, adversario enclenque de tan magníficas liberaciones de energía, cae abrumado bajo la doble ridiculez de su desdeñable “cursilería” y de su tonta ineficacia. Se ha logrado despojar a la propaganda antibélica de sus más legítimos, de sus más impresionantes recursos. Se nos niega la dignidad sobrecogedora de la muerte; en la vorágine del frente al que tácitamente pertenecemos, somos solamente un sumando insignificante para las estadísticas de la victoria.

“Los tiempos que vendrán serán sin piedad para los débiles, puesto que su única ley será la eficacia. (...) El Estado moderno — insiste Bernanos — es una dictadura administrativa siempre inclinada a transformarse en dictadura policial”. Las exigencias de esa eficacia pueden conducir a las más científicas y atroces conclusiones; telegramas publicados por nuestra prensa revelaban alguna de esas sabias previsiones: “Una oficina privada de investigación estadística, declaró hoy que la América Latina tiene *necesidad de aplicar medidas* para controlar la natalidad, tan pronto como sea posible, a fin de dominar un rápido crecimiento de la población”. La esterilización, realizada ya en amplia escala en hospitales de Puerto Rico, según propia confesión de médicos norteamericanos, vendría así a evitar eficazmente que un exceso indeseable de sudamericanos consuma las riquezas que los norteamericanos nos extraen para que sus compatriotas, nunca excesivos, mantengan su “standard of life” como ejemplo a seguir por todas las naciones.

LAS DOCTRINAS ANTE LA BOMBA TOTAL

...La consecuencia más deplorable, en una primera apreciación,

de la inminencia de la Bomba Total, es el refuerzo que aporta a las distintas técnicas de envilecimiento mental hoy en boga; el terrorismo franco o solapado que así puede respaldarse, tiende a reducir aún más la posibilidad de un pensamiento independiente, más, tiende a volver menos factible su mismo surgimiento, desde que esa atmósfera de fiscalización y compulsión, cada vez más espesa, va alejando al ciudadano presuntamente libre de las fuentes vivas de su libertad. Y esa pérdida de libertad interior acontece precisamente cuando ésta sería más necesaria.

Echemos un vistazo a algunas de las posiciones ideológicas hoy dominantes, en relación con el hecho que nos ocupa, teniendo bien en cuenta, como lo señalaba certeramente un articulista de "Marcha", que semejante hecho "tiene un sentido en sí que supera las divisiones ideológicas; es, en cierto modo, algo autónomo, un fenómeno extrahumano". Ante él, teorías y consignas deben, en general, rever sus actitudes.

Ni el optimismo idealista de un Hegel, ni el materialista de Marx, parecen conciliarse muy cómodamente con este modo brutal de quemar etapas dialécticas. El materialismo histórico no muerde en la situación actual; cuando Marx descubría que la violencia era la partera de las sociedades, no prevenía esta clase de partos a la inversa; no prevenía que el dominio técnico de la naturaleza podía conducir, mediante un simple juego de llaves, a la aniquilación de la especie triunfadora; falta de objeto y de sujeto, es la dialéctica misma, esa dialéctica que pretendía englobarlo todo, la que resulta a su vez aniquilada.

Lo más grave de esa inminencia, digámoslo de paso, es que nunca más dejará de prender sobre nosotros. La técnica tiene esa característica: es inolvidable e irreversible, no da nunca un paso atrás, acumula inagotablemente sus conquistas; si hoy somos capaces de destruir el mundo, siempre lo seremos; cualquier minuto de los que advengan puede ser, desde hoy, el de nuestra definitiva destrucción; el tiempo, desde hoy y para siempre, no podrá desalojar ya esa permanente posibilidad. Formamos una especie nueva: la especie que es capaz de destruirse a sí misma, y que lo sabe, o que va en camino de saberlo.

Si las tríadas ascendentes de la dialéctica parecen incapaces de salvar este escollo inesperado, no así la concepción cristiana del tiempo. La actitud cristiana soporta mejor esa catástrofe, por cuan-

to puede soslayarla por vías trascendentes, o acaso, como lo expresa Marcel, mediante el expediente de una nueva arca de la Alianza, de cuya índole no pueden adelantarse precisiones. Kierkegaard previó también semejantes contingencias: "el desarrollo de mi pensamiento no tiene por base un algo llamado objetivo, un algo que no es mío propio, sino que se fundaría sobre algo fuertemente ligado a la raíz más profunda de mi existencia, por lo cual, si así puede decirse, estoy unido a lo divino, aunque el mundo caiga hecho escombros". Mounier, años antes de morir, precisaba con lucidez la actitud cristiana para lo que llamaba "una época apocalíptica": "para el cristiano apocalíptico, la idea del fin de los tiempos no es la idea de una aniquilación, sino la espera de una continuidad y de su cumplimiento". Lejos de subestimar el peligro que nos acecha, Mounier subraya la necesidad de alertar, no de aterrar, las conciencias: "He aquí que un poder único nos es concedido, el poder de hacer saltar este planeta y la humanidad que lo contiene y su poder mismo de crear poderes. Instante solemne: Hasta hoy no podía decirse que la humanidad fuera dueña de su porvenir, porque estaba todavía *condenada* a un porvenir, en tanto que cada hombre, individualmente, podría, si así lo quería, meterse una bala en la cabeza. Ahora, la humanidad como tal va a tener que elegirse y le será necesario, con toda evidencia, un esfuerzo heroico para no elegir la facilidad, el suicidio. Se puede decir que su madurez comienza ahora".

*
* *

En cuanto a los "filósofos del absurdo", la palabra alarma no puede provocarles ninguna resonancia. Como lo dice el mismo Mounier, "para la conciencia absurda el mundo está efectivamente terminado, aniquilado, es insignificante en todo momento y para toda conciencia". Para dichos filósofos "el hombre está solo, arrojado allí, para nada, en un mundo absurdo, sin rima ni razón. Está demás, todo está demás, hasta dar náuseas. Tiene la vocación de convertirse en un dios, pero lograrlo le está irrevocablemente prohibido, lo que transforma esta aspiración en una nueva fuente de desaliento y de ridículo. (Esa humanidad) verdaderamente desprovista de sentido, o que así lo cree, no puede desear otra cosa que desaparecer, a lo sumo permanecer indiferente ante la amenaza de su desaparición". Lo grave, como lo subraya Bernanos, es que "el

descubrimiento de la fisión atómica del plutonio ha sorprendido a la humanidad en una crisis de nihilismo moral que la vuelve capaz de cualquier locura. Y lo peor es que ese nihilismo "está armado", como lo señala Mounier, potenciando la peligrosidad del arma con la impotencia de quien la maneja. Porque no se trata de un nihilismo "creador y provisorio que anuncie el ascenso de una grave inspiración limpiando previamente el terreno. Este no es destructor más que en apariencia, no empuja nada a la nada, quiere solamente que se le llame nada a la nada, y que se pase al capítulo siguiente".

El pánico ante la catástrofe inminente, resulta tan impropio como el optimismo a prueba de bomba. "La angustia de una catástrofe colectiva del mundo moderno es en nuestros contemporáneos, en primer lugar, una reacción infantil de viajeros incompetentes y débiles". Destaca Mounier la doble presencia, como manifestaciones esenciales del nihilismo contemporáneo, de "un gran miedo difuso y de una singular pasión terrorista. Nihilismo, terrorismo, henos en el corazón de la inquietante realidad que desde hace treinta años, ha hecho irrupción entre las últimas languideces románticas. (...). El nihilismo, del cual surge el espíritu de catástrofe, es una reacción masiva de tipo infantil, (propia) de viajeros incompetentes y enloquecidos". Al espanto pascaliano, ante los espacios infinitos, sucede hoy un espanto metafísicamente bastardo ante lo infinitamente pequeño: átomos, virus, ondas. Quizá la pasión de lo horrible sea, como lo sugiere Mounier, la compañera natural de la pasión por lo abstracto, por la ciencia pura, por la economía pura, por la poesía pura; el deseo de lo horrible surgiría como un arranque de protesta contra la resistencia que opone lo adquirido. La mano que se complace en acariciar las superficies suaves, la piel, los cabellos, siente de pronto, ese impulso de crispase, "de sofocar el objeto menudo que se presta a ella, escapándosele siempre. A veces será un ratón. Alguna vez, una doncella. Otras veces es un pueblo; mañana será el mundo. Ese mundo que halagamos desde hace algunos siglos bajo la mano sutil de nuestra ciencia y de nuestra industria, he ahí que parece en efecto rehusarse como un ser viviente bizarro e indomable. La mano aprieta, aprieta, puede matar, va a matar. ¿Matará? (...) Una especie de horrible fascinación, de furiosa desesperación, la impele a destruir su techo, su obra, a si mismo". Bernanos plantea parecida interro-

zante: "¿Si existiera en el hombre ese principio de autodestrucción, ese misterioso odio hacia si mismo que llamamos pecado original y que los técnicos no han dejado de observar, puesto que explica todas las espantosas decepciones de la historia?" Sobre la existencia indesplazable de ese impulso de autodestrucción, dejó Dostoyewski, en su intenso monólogo de "El subsuelo", un tocante testimonio; basta recordar aún a Baudelaire, cuya vida desgarrada ilustró, con reveladora evidencia, la que llamó "doble postulación: una hacia Dios, la otra hacia Satán".

ENCRUCIJADAS DEL HUMANITARISMO

¿Cómo seguir creyendo, qué clase letal de somnolencia nos sería necesaria para creer todavía esas "frágiles voces razonables", que, como hace veinte años, nos afirman que la sabiduría debe vencer y retroceder ante la locura de un suicidio colectivo? Los mismos hombres que han construido la muy abstracta Sociedad de las Naciones, el organismo supremo del más superficial optimismo de la razón, continúan, por inconciencia, aturdimiento, cobardía o costumbre, segregando y expandiendo su ilusión en nuestra época guerrera, atómica, crematoria y concentracionaria. Creo — prosigue Mounier — que será necesario internarlos muy confortablemente, con sus familias y sus semejantes, en un país de collados apacibles, donde nada choque a su medida, y después, desembarazados de sus apaciguamientos, volvernos seriamente hacia el peligro, para hacerle frente con efectividad". Semejante humanitarismo, del mismo modo que "el cristiano distraído, puede procurarse múltiples comodidades en este mundo incómodo, sólo si consiente en solear y olvidar. Pero esas construcciones sobre el abismo, revelan su fragilidad". Mounier no reniega de lo que alguien denominó "pesimismo cristiano" y persiste en denunciar la inanidad de esas "utopías humanitarias, el sueño de un mundo que se volvería inocente desde el día en que estaría ordenado"; pero, aclara luego, "la verdadera esperanza cristiana no es evasión. La esperanza del más allá despierta inmediatamente la voluntad de organizar el acá". Desde su ángulo no cristiano, el brillante pensador Merleau Ponty, llama también, a ese pretendido amor a la paz de los humanitaristas, "un amor de debilidad", amor que los hace estar "siempre prontos para la propaganda y para la guerra"; la frase

“haya paz para los hombres de buena voluntad”, significa, en esas bocas, vuelta del revés, “haya guerra para los hombres de mala voluntad”; y “ya se sabe — agrega Mounier — lo que quiere decir esa palabra”.

“La libertad — dice M. Ponty — convertida paradójicamente en principio de separación y farisaísmo, es ya una actitud de guerra (...). Si nos habituamos a no ver en (un sistema) más que una amenaza contra nuestra vida, entramos en la lucha a muerte, en la que todos los medios son buenos, en el mito, en la propaganda, en el juego de la violencia. Se razona mal en esas lúgubres perspectivas. Nos es necesario comprender de una buena vez que esas cosas pueden suceder, y pensar como seres vivientes. Quizás este ensayo sea ya anacrónico, y la guerra esté ya establecida en los espíritus (pero) no escribimos para los sectarios ni para los camaradas soberbios”. Que una parte importante de nuestra prensa grande ha adoptado con insensata extremosidad ese estilo de guerra, lo ilustra cualquier artículo de los que dedican con más violencia que perspicacia, claro está, al “peligro” comunista; leo, por ejemplo, hoy (17 de agosto): “Es una organización subversiva de criminales en potencia, que ensangrentarán sus cuchillos no bien logren el poder”. Uno piensa si, por un azar, los aludidos no sean lo que se les dice, ¿qué garantías podemos tener de que les vengan ganas de serlo? Porque si no tuvieran esa culpa— aunque puedan pensárseles otras, menos atroces—¿cómo podría intentarse una conciliación? ¿qué digo! Ni siquiera la simple convivencia. Por eso fué más consecuente ese Jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano, quien declarara ayer (“El País”, 16 de agosto): “El único comunista bueno es el que está muerto”. Y a otra cosa.

A estos denodados campeones de “la causa occidental”, las convicciones se les han convertido en biceps y en ganas de utilizarlos. Se han propuesto minuciosamente, destruir desde la raíz toda posibilidad de diálogo. La menor discrepancia, el más mínimo conato de salvedad, es juzgado, implacablemente, como un diabólico atentado contra la seguridad de “todos”, como una debilidad intrínsecamente subversiva. A los dialoguistas impenitentes, se les relega a un limbo que aspira a convertirse en infierno, a una “tercería” ominosa y degradante. Entre el Bien y el Mal en que se han empecinado, despavoridos, en seccionar el mundo, se ha inventado ese Mal a la segunda potencia que es el “tercerista”, porque hace el Mal

por gusto y a conciencia. Como lo observaba Malraux, la táctica consiste en “deshonrar al adversario para volver imposible la discusión; atacarlo en el plano moral”. Esa difícil honestidad del “tercerista”, esa militancia que se cuida de no decaer dentro de las legiones monolíticas, esa activa decisión que, por lo menos, tiene el mérito de su insospechable inconveniencia, es considerada como una desertión; y no como una desertión banal e inocente, sino como un “cretinismo útil” y liberticida. En homenaje a la eficacia, la fiscalización de las conciencias se torna implacable y total. Como siempre, la voluntad de eficacia se convierte en voluntad de dominación y la voluntad de dominación se reduce, en último término, a voluntad de muerte.

TERRORISMO Y OPTIMISMO

El terrorismo norteamericano no trepida en recurrir a los más inescrupulosos, chantajes. Hace pocos meses, las agencias distribuían en diarios de todas las capitales sudamericanas — el mismo día, exactamente, en todas — un mapa en el que aparecían (Montevideo, Buenos Aires, etc.) rodeadas de círculos concéntricos, ilustrando en forma clara y amena los distintos tipos de muerte que podría tocarnos a cada uno de nosotros. Los círculos abarcaban, perfectos y precisos, los departamentos de Montevideo y Canelones; con rigurosidad científica se nos advertía así la retribución que habría de corresponder a nuestros posibles deslices. Como dice Marcel, “esa divulgación científica se hace con fines de intimidación. Estamos en presencia de un chantaje a escala planetaria. Pero — agrega más adelante — la idea de una paz durable fundada sobre el chantaje y la intimidación mutuas choca manifiestamente con imposibilidades psicológicas que la historia contemporánea ha puesto suficientemente en claro”. Digamos, de paso, que un espíritu profundo y ponderado como Marcel, advierte en dicho libro toda la magnitud de la catástrofe técnica que nos acecha: “Lo importante es que el hombre en tanto especie, no puede hoy dejar de aparecer como dotado, si así lo quiere, del poder de poner fin a su existencia terrestre. (...). Estoy de acuerdo, la catástrofe es quizás inminente. Pero un plan general no permitirá conjurarla. Que deba o no producirse, debemos mirar más lejos, más allá de ese posible diluvio y, una vez más, es el arca de la Alianza y sólo ella la que puede ser portadora de salvación (quizás) en una eternidad cuyo llamado se hace para nosotros irresistible. (...). El hecho de que esta posibilidad exista entre nosotros,

constituye por sí sólo un dato que seguramente es de una naturaleza como para suscitar — hasta diría como para imponer — el más trágico de los exámenes de conciencia”. Otros, como Max Picard, autor de “L’Homme du Néant”, abrigan convicciones más contundentes: “Estoy convencido — le decía sin perder su calma a Marcel — que llegamos al término de la historia. Es posible que muchos de nosotros sean testigos del acontecimiento apocalíptico que señalará el desenlace”. Cita Marcel también las palabras de Harold Hurey, uno de los inventores de la Bomba: “Yo escribo para daros miedo. Yo mismo soy un hombre que tiene miedo. Todos los sabios que conozco tienen miedo”. Pero ya se sabe qué tratamiento se les da a los sabios que, como Einstein, Oppenheimer, etc., pretenden extraer de dicho miedo propósitos de abstención.

Lo repetimos: no tratamos aquí de diseminar un pesimismo gratuito, de procurarnos una coartada ante una proyectada deserción. Por el contrario — usando las palabras fervorosas de Bernanos — creemos que nueve veces sobre diez, el optimismo es una forma solapada del egoísmo, una manera de desinteresarse en la desgracia del prójimo. (...). Ninguna forma de optimismo ha preservado jamás de un temblor de tierra, y el más grande optimista del mundo, si se pone al alcance de una ametralladora — lo que hoy puede sucederle a cualquiera — está seguro de salir agujereado como una espumadera. (...). El optimismo es una falsa esperanza para uso de los cobardes y de los imbéciles. (...). La expresión “coraje optimista” no puede convenir sino a las situaciones medias. Si pensáis en circunstancias capitales, la expresión que viene naturalmente a nuestros labios es la de coraje “desesperado”, la de energía “desesperada”. (...). La más alta forma de la esperanza es la desesperación sobrepasada”. (1).

LA MUERTE PROMETIDA Y LA DE TODOS LOS DIAS

La vecindad de la muerte prometida, no ya la muerte de cada hombre, sino la de todos y de todo, esa comunión en la muerte a

(1) La mayor parte de las citas han sido extractadas de «La Liberté, pour qui faire?», de G. Bernanos, «La Petite Peur du XX^e siècle». (Ed. du Seuil, 1948), de E. Mounier; «Les hommes contre l’humain» (La Colombe 1951), de G. Marcel y «Humanisme et terreur» (Gallimard 1947), de M. Merleau-Ponty.

la que todo parece conducirnos, puede procurar, paradójicamente, en esta confusa inanidad en que nos debatimos, una revivificación de la vida, un enfrentamiento más veraz con nuestra condición. Nuestra vida es tan honda como la muerte que llevamos adentro, y el saber que esa muerte ya no es asumida solitariamente por cada uno de nosotros, puede reabrir, en esta incomunicación que nos asola, vías inéditas de comunión. De cualquier manera, esa posible salvación de nuestra individualidad en un profundo reconocimiento de un destino compartido, al no halagar, por los modos en que se anuncia, nuestros deleznable anhelos de comodidad, nos impide toda actitud de egoísta aquietamiento. Esa salvación debe ser conquistada, y en medio del mayor peligro. Sólo el peligro, la asunción de nuestra fragilidad, puede procurarnos una auténtica fortaleza. El hombre de hoy, ese hombre “insípido y proliferante (...) que no se atreve a morir por miedo de no ser más nada, probablemente no es nada”, decía D. H. Lawrence con palabras de renovada actualidad. Ese hombre desasido que vive al nivel de sus gestos y de sus apetitos, recontrará quizás, apenas la conciencia de su muerte fecunde la inconciencia de su vida, un camino hacia el prójimo, que obstruye hoy la abonada maleza de sus deseos descentrados.

La propaganda, tonante y vocinglera, adoptando todas las máscaras, hasta las de nuestras necesidades, constituye el proveedor incansable de nuestra capacidad de odiar y de desear, nos convierte en combatientes, abiertos o solapados, en deseadores de cosas, a costa de quienes, inducidos también a desearlas, no están en iguales condiciones de alcanzarlas. La propaganda es criminal, es el fruto podrido de la competencia desencadenada, la necesidad de encaramarse sobre el otro, de desplazarlo, de odiarlo; su ideal es convertir cada centímetro de nuestra piel en un vivero de deseos falaces, cada órgano vital en una boca ávida e incondicional, en un sexo enajenado e insaciable. Las tácticas inescrupulosas de la oferta, suscitan las tácticas igualmente inescrupulosas de la demanda. El hombre llega a creer en esos deseos inventados; y esos deseos no son un agregado inofensivo; incompatibles con todo impulso generoso, nos separan cada vez más de los otros deseadores; podrá disimularse ese divorcio bajo el aparato externo de una cortesía convencional, o bajo la máscara prescrita de una sonrisa comercial, pero en el fondo conservamos, irreductible, un afán de poseer para nosotros, de volvernos capaces de esa adquisición, de ese

auto, de esa heladera; y el dinero que necesitamos, tendremos que conseguirlo —no hay otro— del bolsillo de los otros. Esa guerra subterránea es el resultado del radical desprecio que supone hacia el hombre toda técnica psicológica por la que un sistema económico tiende a convertir a cada persona en un comprador vocacional de cosas. Llegado el caso, cuando esa confusa beligerancia amenaza perturbar el funcionamiento del sistema, se inculca, furiosa, falazmente heroico, algún odio grande que pueda distraer al ciudadano de sus odios pequeños, eventualmente insoportables.

Y son precisamente esos interesados inventores de "causas" más o menos occidentales, quienes detentan en sus manos los más letales productos de la técnica. De ese modo, no sólo el repertorio de nuestros deseos prefabricados, sino nuestra misma supervivencia, depende directamente de lo que dispongan conductores de la especie de Foster Dulles. No hay manera ya de situarse "au-dessus de la mêlée". Comprometidos por gusto o a disgusto — y no sólo implicados como lo pretendía Lawrence — no podemos resignarnos a soportar las consecuencias de lo que decidan políticos que están notoriamente por debajo de tamaña responsabilidad, ni de lo que impongan estructuras económicas y sociales que, traicionando las más altas esperanzas de una auténtica democracia, "denuncian — como dice Mounier — cada día su anacronismo, su impotencia, el absurdo de su persistencia".

Desde que "la política de hoy — tal como lo expresa M. Ponty — es el dominio de los problemas mal planteados", quedamos eximidos de enrolarnos en ninguno de los apremiantes ejercicios de la hora. Nuestra dignidad de hombres libres nos impone, como única militancia ineludible, escrutar y contribuir a corregir el desorden en que vivimos; "nuestros días — dice Mounier — serán entonces más fecundos y nuestros sueños menos turbados por el hombre — con — el — cuchillo — entre — los — dientes".

NECESIDAD DE DIALOGO

Ya no se trata solamente de saber, según lo expresaba Valery, que las civilizaciones son mortales; ya no se trata de la posibilidad reconocida del fin de *un mundo*, sino del fin *del mundo*. Si esa idea — si ese hecho — entra, como debe entrar, en todas las conciencias, la humanidad podrá alcanzar quizás una madurez, una

autenticidad sin precedentes. Pero en los accesos a esa conciencia, además de esa niebla obsesionante de deseos excitados, montan guardia las consignas más absorbentes, irrespetuosas con nuestras dudas y con nuestras esperanzas, así como con nuestras forzosas "tercerías". "La desgracia de esta época — escribía Albert Bequin — no reside en nuestras divergencias profundas; reside en la ausencia de diálogo entre hombres que, con igual honestidad, se adhieren a concepciones diferentes".

El afán de libertad sólo se vuelve insospechable cuando involucra, sin ninguna exclusión, la libertad de los demás; y no para someterla o para someterse a ella, como lo concibe Sartre, sino para suscitarla, para hacerla integrar un mundo en el que todas se vuelvan mutuamente necesarias, un mundo en el que ninguna quede proscripta por principio. El mayor enemigo de ese afán de libertad, es ese otro afán, espurio y policial, cuyo máximo hallazgo es la falaciosa consigna de que "hay que negar la libertad a los enemigos de la libertad". Lanzada esa consigna, la desconfianza y el odio se instalarán entre los hombres; cada uno se creará con derecho y sabiduría para administrar una libertad que ha empezado por identificar con sus intereses; todos querrán tirar la primera piedra, y todos, tarde o temprano, inexorablemente, las recibirán en sus cabezas.

Si alguna consigna, provisoria y cuestionable, habremos de aceptar, es la de facilitar a cada uno el acceso a su sinceridad. La tarea magna del hombre actual, en ese sentido, consiste en reencontrar un universalismo que abarque las experiencias humanas reconocidas por todos — esas humildes, tiernas experiencias de la existencia cotidiana; no, por favor, las que necesitan de retóricas tribunicias o constitucionales — de modo que en ese universalismo puedan cobijarse sin escrúpulos los hombres de todas las ideas. No importa que en esa intención de acercamiento arbitremos eventualmente medios inadecuados, con tal de que nuestras equivocaciones no vengán a propiciar, de ningún modo, alguna clase nueva de terror. No importa que nos equivoquemos, con tal de que no nos volvamos cómplices de algún nuevo asesinato, contribuyendo a aterrorizar a terroristas presuntos. El enemigo mortal del diálogo es la intimidación, la opinión compulsiva. No sólo hay que dejar que todos hablen, sino, principalmente, que no teman por las consecuencias de sus palabras; tenemos para eso que desarmar, por dentro, desde nuestras

almas, esa policía internacional puesta al servicio del dinero, ese poder insidioso y enardecedor que, armando solapadamente nuestros deseos desorientados, convierten la historia actual, al impedirnos saber siquiera quienes somos, en un cuento policial contado por un idiota con veleidades de perverso.

*
*

Ya nunca más dejará de pender sobre nosotros la sobrecogedora espada de Dámocles de la Bomba Total. Aterrarnos, valdría ahora tanto como desterrarnos. Vivimos y moriremos en nuestra Tierra, según designios de los que cada uno escrutará, como pueda, sus fuentes misteriosas. Decía estos días un general de nuestro ejército, aludiendo al peligro de la Bomba y a las medidas cuya adopción se recomienda: "La palabra de orden de nuestro tiempo es dispersión". Dicho estratega supo hallar, sin quererlo, la fórmula exacta del tipo de destierro que se nos proyecta. Contra esa terrible palabra de orden, es necesario gritar otra, ennoblecida por la esperanza: unión, comunión, una ardiente cadena de brazos y de almas que sepan que el verdadero peligro no reside en la Bomba, sino en el espíritu enajenado que hace posible su inminencia.

